

La Facultad de Filología y Letras

Así en su gestación como después de nacer, ha tenido esta Facultad, sus detractores.

Se han esgrimido armas las más distintas, desde la crítica serena hasta la solapada maledicencia, pasando por la grosería. Trataremos de ver si tienen razón y en qué medida.

Quien ha hecho la mejor crítica es, sin duda, Alfredo Colmo. Cierto es que —él mismo lo dice— no ha presenciado su funcionamiento en los últimos tiempos, pero el cargo de profesor suplente de sociología que por algún tiempo tuvo, como la información amplia y fundada que tiene de lo que critica —inexorable y sinceramente,— da a su palabra una autoridad singular.

«No es fácil la tarea de demostrar, que ella ha aportado al país el contingente filosófico de publicaciones, de hombres, etcétera, que en veinte años habría podido dar».

Tal es la primera afirmación del doctor Colmo. Con todo el respeto que merece su preparación y más aún su sinceridad, diré que los veinte años que asigna a la Facultad son ciertos porque se fundó en 1896, pero es sabido que hasta 1906, poco más o menos, no tuvo el público noticias de su existencia, pues era poco menos que un templo hermético.

Bajo el decanato del doctor Matienzo comenzó la Facultad a «entrar en sociedad» gracias al sistema de las conferencias.

La Facultad las ha mantenido y aumentado y el público ya no duda que en esta «metrópoli cartaginesa», a siete cuerdas de la Bolsa y seis del Banco de la Nación, hay una Facultad de Filosofía y Letras. Entre esas conferencias merecen mención especial las del doctor Jakob (1912), las de Bunge sobre «El culto de la vida» (1914), las que sobre Re-

ligiones orientales dieron Jakob, el emir Arslan, el doctor Wechsler, las de la semana cervantina, y sobre todo el curso sobre «Introducción a los problemas de la Filosofía», que dictó el profesor Ortega y Gasset.

Cierto es que se me podría objetar que el éxito depende, en buena parte, de un puro «snobismo» y que el curso de Ortega y Gasset ha dado algunos frutos poco deseables como el que algunos jóvenes llamen «ciencias bárbaras» a las ciencias naturales...

Pero dejemos lo minúsculo. Contribuyen en esa acción extrafacultativa algunos cursos que son particularmente favorecidos por oyentes: el de Biología, Psicología I, Historia de la Filosofía y Literatura argentina. Y quien quiera pruebas, observe y vea el número de alumnos que por esas conferencias empezaron a venir y hoy están inscriptos, y si trabajan o no.

De aquí que los alumnos hayan aumentado como lo demuestra el siguiente resumen que debo a la gentileza del doctor A. N. Matienzo:

1906, 84; 1907, 106; 1908, 210; 1909, 134; 1910, 134; 1911, 122; 1912, 125; 1913, 152; 1914, 162; 1915, 194; 1916, 224 y 1917, 258.

En el año 1907 y 1908 se cuentan los alumnos del Instituto del Profesorado, entonces anexo a la Facultad.

¿Será necesario repetir aquello de la «elocuencia» de las cifras?

Debe tenerse en cuenta que más de la mitad de los alumnos son mujeres, a la manifestación de cuyo talento tan reacio es el medio. Con todo ha habido una Camaña, una Dillenius, una Flairoto, una López, y no quiero citar las egresadas en los últimos años y las que aún son alumnas.

Cierto es que no ha salido alguien que revolucione nada, pero salieron un Debenedetti, un Achával, un Barrenechea, un Alberini y otros varios. Pero, ¿es necesario que sean revolucionarios? ¿No han salido tantos buenos profesores que trabajan en silencio: Piuma Schmidt, Palet, Smith de Kurth, Guillén de Rezzano?...

Cree Colmo que si la Facultad vegeta es por falta de ambiente, que las instituciones deben responder a necesidades,

«que las hagan nacer espontáneamente, que las reclamen, que le presten asidero y que las hagan vivir». «Crear el órgano para que éste dé nacimiento a la función; fundar la institución para que ésta dé margen al ambiente, es enrevesar el proceso de las cosas — lo que por lo demás es bastante frecuente en el dinamismo de nuestra psicología — y es fracasar. Sobre todo cuando la institución, surge así «de toutes pièces» desenvuelta y armada... etc.».

Colmo tendría razón si escribiera esto antes de 1906. Hoy no se puede ya decir lo mismo.

Cree el autor que las verdaderas investigaciones «no son propias de nuestro temperamento improvisador y aparatoso».

Nadie más convencido que yo de la verdad de ésto, pero diré que no querer cambiar es la base del atraso.

Esto me recuerda un diálogo que trae Rivarola en su catecismo de moral cívica y política titulado «Fernando en el Colegio» que supone entre un hijo del país y otro cualquiera que no lo es. He aquí el diálogo:

«—Que no sabe usted que descende de gallego y de mulata?

—Sí, señor; no niego mi origen.

—Pues entonces, usted es incapaz de ser ciudadano... usted ha nacido para ser gobernado...»

—Pero señor; si me he ocupado de mis deberes de ciudadano...

—¡Nada, nada! Si se ha ocupado usted, es por ambición personal, por politiquería...; se lo digo sin ofenderle, en nombre de la ciencia que ha comprobado esta ineptitud de los pueblos americanos para realizar las instituciones que se han dado copiándolas de los pueblos de raza sajona.

Y el pobre descendiente de gallego y de mulata... se queda sin ganas de reaccionar de su indolencia...»

Esta resignación fatalista es la base del atraso. No fundar la Facultad porque somos aparatosos e improvisadores es condenarnos a seguir siéndolo. Es estancamiento y por lo tanto atraso. La misma acción de la Facultad puede modificar el ambiente... y estas no parecen ser meras palabras...

Tampoco la Facultad puede ser pasible de la crítica que Ingenieros hizo a las Facultades de Filosofía y Letras de la

América. «...donde actualmente existe, dice, es una institución de lujo, sus profesores son prestados por otras Facultades, sus alumnos escasean, su función, es casi nula».

Para darle vida, según el autor, se le ha constituido, en algunos casos, en Instituto superior de pedagogía.

Veamos si son aplicables a nuestro caso.

En la memoria de 1913 decía Rivarola: «Hasta ahora ha reclutado sus profesores principalmente con abogados y médicos; y en su personal titular y auxiliar cuenta con diez y nueve abogados, algunos de ellos, que siguieron cursos en esta Facultad, siete médicos, seis diplomados en letras de universidades extranjeras, uno de esta Facultad, seis especialistas, tres pedagogistas y un ingeniero geógrafo».

¿Pero es ello un defecto? Más aún, el escaso número de diplomados no permite una selección como convendría, para los que poseyeran cátedras.

Dice Ingenieros que sus alumnos escasean. Ya dimos un cuadro numérico. Y Rivarola ha dicho: «la Facultad tiene suficiente número de alumnos y no le sería difícil tenerlos en abundancia por diversos procedimientos que no ha elegido ni adopta.

Dice que su función es casi nula. Ya vimos qué había de verdadero en esto. ¿Que no la tiene en la medida deseable? *Natura non facit saltum...* La Facultad es joven. Tampoco la de Agronomía y Veterinaria tiene función... en la República Argentina!...

En cuanto a la transformación de la Facultad en Institutos superiores de Pedagogía, bastará repetir frases de Rivarola:

«No se comprende un educacionista sin cultura filosófica, histórica y literaria. Por esto, fué la Facultad la primera institución que creó un título de profesor y por ello, ha insistido e insiste todavía, en que se debe, como principio, acordar preferencia para los puestos educacionales a sus diplomados. Ha deplorado más de una vez que su pensamiento fuera objeto de tan equivocada interpretación como la que lo limita al deseo de tener o aumentar la clientela de sus aulas. La Facultad tiene suficiente número de alumnos... etc.» Y más aún, creo yo que ha llegado el momento de mirar que no entre cualquiera...

Se dijo a fines del año pasado en la Cámara de Diputados que un filósofo que cuesta doscientos cincuenta mil pesos es muy caro.

Antes de ahora y en otro sitio hicimos el análisis de esa indigente crítica, demostrando que ni se recibió un «filósofo» ni son \$ 250.000 los que se gastan. Y que de estos no todos van a la «fábrica de filósofos» porque hay también una Sección de Historia cuyas merítisimas publicaciones realizadas bajo la dirección del señor L. M. Torres no debía conocer el señor aquel... También existe gracias a esos «250 mil pesos» un Museo Etnográfico que si el dicho diputado visitara, diría otra cosa... Hicimos notar, en la misma ocasión, que la Facultad no se limita a enseñar a sus alumnos. Admite oyentes. Claro está que algunos son empleados que van a la Facultad porque no tienen qué hacer entre la hora de salida del empleo y la de cenar... Pero no son todos.

Llegamos a la conclusión de que el presupuesto de la Facultad es ínfimo y que por la función que desempeña merece algo más...

Llegado a este punto advierto que no he hecho, sino rebatir críticas y que no he demostrado constructivamente nada.

Quien quiera comprender la función de la Facultad no debe por tanto buscarla en estas líneas. Rivarola en su memoria del año 1914, en el folleto sobre la Facultad que entrega la secretaría, en la conferencia inaugural del presente año; Korn en su artículo publicado en la Guía del Estudiante de 1913; Chiabra en el trabajo publicado en Diciembre de 1913 en la Rev. Arg. de C. Políticas; en los discursos de Cané y Piñero al dejar y tomar el decanato en 1904, la han expuesto y dudamos que después de leer alguno de esos trabajos, el lector piense que la Facultad de Filosofía y Letras es inútil...

Narciso Binayán.

Buenos Aires, Septiembre 1917.